



ACTO III

La cámara nupcial.—A la derecha, un balcón, abierto de
par en par

ESCENA PRIMERA

EL REY, ELSA, LOHENGRIN

(Música, entre bastidores. Va aproximándose el canto. Abrense las puertas. Por las de la derecha entran las doncellas que conducen á Elsa; por las de la izquierda el Rey con los guerreros conduciendo á Lohengrin. Abren la marcha pajes con antorchas.)

CORO.—Entrad en paz, en esta estancia; todo aquí os presagia el más tierno amor. Noble valor, ardor fiel serán prendas de vuestra felicidad. ¡Venid aquí, fuerza y cordura! venid también, belleza, juventud! Cesen en el umbral los rumores de fiesta; gozad la embriaguez de la ternura. ¡Velen la luz densas sombras en este recinto dispuesto para el amor!

(Al encontrarse los dos cortejos en mitad de la escena, las doncellas presentan Elsa á Lohengrin. Los dos, unidos en amoroso abrazo, permanecen en el mismo sitio. Ocho doncellas dan vuelta, solemnemente, en derredor de los novios, mientras los pajes toman la espada de Lohengrin.)

LAS OCHO DONCELLAS (*andando*).—Después de la bendición de Dios, recibid la nuestra; conservad eternamente el recuerdo de este supremo instante!

(El Rey abraza á Lohengrin y Elsa. Los pajes dan la señal de la partida. Pónese el cortejo en marcha. El rey y los guerreros salen por la derecha, y las doncellas por la izquierda.)

CORO.—Permaneced en esta estancia; todo os presagia el más tierno amor.

(Después de haber salido el cortejo, cerrando los pajes en pos de sí las puertas, Elsa se apoya en brazos de Lohengrin quien la conduce hasta el lecho donde se sientan ambos, tiernamente enlazados.)

ESCENA II

LOHENGRIN, ELSA

LOHENGRIN.—Ya se alejan sus voces; solos estamos, por vez primera, y no creo que nada venga á perturbar las inmensas expansiones de nuestro amor. ¡Ángel mío, Elsa amada! único encanto de mi corazón; al fin te es dado saborear la más pura felicidad!

ELSA.—¡La felicidad! esta sola palabra basta para expresar el éxtasis de los elegidos! ah! mi alma se anega en purísimos transportes!

LOHENGRIN (*con pasión*).—Si tu corazón no aspira á más, no envidio á los ángeles! Como la tuya, anégase mi alma en transportes purísimos. Sí, nuestra llama es esencia etérea; aun sin conocernos, nos amábamos.



Cuando me elegiste por defensor, mi corazón voló rápido á ti; una sola mirada me mostró tu inocencia y el inestimable tesoro de tu alma!

ELSA.—Sin embargo, no eras desconocido para mí; me visitaste en un sueño encantado! Después, cuando acudiste á mi presencia, reconocí la voluntad de Dios. Hubiera querido ¡infantil capricho! trocada en riachuelo abrazarte dulcemente, ó bien, flor del prado, doblegarme á tus plantas. ¿Es amor... ¡dí! ese encanto adorable, que no hay palabra que baste á expresar? ¡Como tu nombre, es inefable; tu nombre que no puedo pronunciar, por desdicha.

LOHENGRIN (*con ternura*).—¡Elsa!

ELSA.—Cuán dulce suena mi nombre en tus labios. (*Titubeando.*) ¿No lograré escuchar el tuyo? Solos los dos cabe este lecho ¿no podré al menos murmurarlo en voz baja?

LOHENGRIN.—¡Ángel querido!

ELSA.—Permite que en tus brazos pueda yo al menos murmurarlo en voz baja.

LOHENGRIN (*abrazando á Elsa con ternura y conduciéndola hasta la ventana, le muestra el florido jardín*).—Ven á aspirar estos embriagadores efluvios que embalsaman el ambiente con su perfume sutil. Mi corazón se entrega á sus nacientes sabores, sin preguntar qué encanto es ese. Hechizo igual enagenó mi sér cuando te ví por vez primera, y sin intento á la sazón de conocerle, una sola mirada bastó á fijar mi elección. Los nítidos destellos de tu virtud tan pura, cuando te acusaban, me sedujo, como los suaves perfumes de la naturaleza embargan nuestros sentidos en las sombras de la noche.

ELSA (*ocultando su turbación y aproximándose á Lohengrin en actitud sumisa*).—Si fuese yo más digna de ti, y probándote mi fe, pudiese prestarte algún servicio inmenso, insigne! Así como me salvaste, quisiera á mi

vez salvar tu existencia ; sin temor desafiaria la muerte, si lograra apartarla de ti ! Pero ¿ tan terrible es tu secreto, que debas ocultarlo al mundo entero ? (*Con misterio.*) Tengo miedo ; disipa una duda horrible ! ¿ no puedes publicarlo ? Permite, al menos, que yo lo sepa y que, siguiendo siempre tu ley, antes que me arranquen el secreto, muera yo mil veces !

LOHENGRIN.—¡ Alma mía !

ELSA (*con creciente animación*).—¡ Ah ! dame una prueba de confianza ! desecha ese frío silencio ! dime tu secreto !

LOHENGRIN.—¡ Calla, por favor !

ELSA (*con mayor insistencia*).—¡ Conmuévate mi ruego ! ¿ De dónde vienes ? ¡ habla sin temor ; nadie sabrá tu origen !

LOHENGRIN (*con acento severo y dando un paso atrás*). Te he demostrado mi confianza en ti, dando pleno crédito á tu juramento ! Guarda siempre, Elsa, la fe jurada ; no seas perjura, no, Dios nos escucha ! (*Atrayendo á Elsa hacia sí.*) Ven á mi pecho, ídolo mío, deja que te estreche contra mi corazón ; que la luz de tus pupilas refleje pura mi felicidad. ¡ Ah ! deja que mi alma extasiada se embriague en tu aliento ; entreguémonos sin temor á estas delicias de la vida. Confío que el amor ha de ser el premio de los bienes que por ti abandoné. ¡ No hay mortal en la tierra que me iguale ! Si me ofrecían una corona, la rehusaría sin pesar. El premio de lo que abandono es tu amor, mi solo anhelo ! Ahuyenta la duda, y sé feliz ; tranquilice el amor nuestros corazones ! Mi ruta nada tiene de tenebrosa ; vengo del reino de los esplendores.

ELSA.—¡ Gran Dios ! qué escucho ! Lejos de calmar mi pena, tus palabras acrecientan mis tormentos ! Tal vez en la tierra echarás de menos ese mundo de esplendores que abandonaste ! ¿ Qué vale mi amor para encadenarte siempre ! hastiado de mi ternura, me abandonarás !

LOHENGRIN.—¡ No más ! cómo ! ¿ lloras ?

ELSA.—¡ Murió mi esperanza ! contadas serán las horas que pueda verte ! abrumada de penas, marchitos mis días, sola y desolada, he de verte partir !

LOHENGRIN.—¡ Confía ! espera !

ELSA.—¡ Ah ! ¿ qué podré yo para encadenarte siempre ? Un hechizo te protege ; en ti todo es prodigio ! ¿ quién me devolverá la fe ? (*Detiénese, vivamente agitada y escuchando como si oyese algún ruido.*) ¿ Oyes ? ¡ alguien te llama !

LOHENGRIN.—¡ Elsa !

ELSA (*con los ojos fijos*).—No, nada ! pero allá, á lo lejos ! el cisne blanco guía la barquilla ! ¿ vendrá para llevarte ?

LOHENGRIN.—¡ Calla, Elsa ; reposa en mis brazos !

ELSA.—Un deseo ardiente combate mi corazón. Aunque me costara la vida, habla : ¿ quién eres ?

LOHENGRIN.—¿ Qué dices, Elsa ?

ELSA.—Sé bueno é indulgente ; ¿ por qué te callas ? ¡ dime tu nombre !

LOHENGRIN.—¡ Calla !

ELSA.—¿ De dónde vienes ?

LOHENGRIN.—¡ Qué desgracia !

ELSA.—¿Cuál es tu sér ?

LOHENGRIN.—¿ Qué hiciste, Elsa ?

ESCENA III

Los mismos, FEDERICO, y cuatro vasallos suyos

(*Federico y cuatro vasallos penetran, armados de espadas, por una de las puertas del fondo. Elsa, al verles, coge la espada de encima del lecho y la entrega rápidamente á Lohengrin.*)

ELSA (*presentando á Lohengrin la espada de manera*

que pueda sacarla de la vaina).—¡Dios mío! ¡toma el acero y defiéndete!

(Lohengrin hiere mortalmente á Federico, que cae á sus piés. Los vasallos de éste arrojan sus espadas y se arrojan á las plantas de Lohengrin. Elsa, que se precipitó ante Lohengrin, cae sin sentido. Largo silencio.)

LOHENGRIN (conmovido, inclinándose hacia Elsa, levantándola con suavidad y tendiéndola en el lecho).—¡Ah! ¡huyó de nosotros la felicidad!

ELSA (abriendo los ojos).—¡Piedad!

(A una señal de Lohengrin, los cuatro vasallos se ponen en pié.)

LOHENGRIN.—¡Llevad al traidor al tribunal del Rey! (Los cuatro vasallos cogen el cadáver de Federico y se lo llevan por la puerta de la derecha.—Lohengrin golpea un timbre; acuden dos doncellas.) Engalanad á Elsa con blancas vestiduras para conducirla á presencia del Rey; allí le diré mi nombre y quien soy yo.

(Sale con lentitud y tristeza. Las doncellas conducen á Elsa, que apenas puede tenerse en pié. Amanece.)

M U T A C I Ó N

El teatro representa, como en el acto primero, una pradera á orillas del Escalda.—Brilla la aurora

ESCENA IV

EL REY, los nobles sajones, condes brabanzones y su séquito; después los cuatro vasallos de Federico conduciendo su cadáver.

(Llega un conde escoltado por sus vasallos. Dos pajes llevan su escudo y su lanza. Hince su bandera ante el castillo. Los suyos se agrupan en torno de la bandera. Llega

otro conde, hincando á su vez la bandera, como el anterior. Óyese el són de trompetas anunciando la llegada de un tercer conde, con su séquito. Condes y caballeros mezclan sus filas, examinando y apreciando sus armas. Llega otro conde con su séquito, y se detiene en mitad del escenario. Al sonar los clarines del Rey todos los guerreros se alinean bajo sus banderas. Aparece el Rey seguido de sus nobles sajones.)

TODOS (golpeando sus escudos en el momento de colocarse el Rey bajo la encina).—Honor y gloria al poderoso Rey.

EL REY.—Gracias, pueblo de Brabante! Siéntese orgulloso mi corazón al encontrar siempre, junto á mí, un pueblo fuerte y vigoroso. Si el enemigo se acercara, dispuestos estamos á combatirle. Creo, no obstante, que desde los desiertos del Este no osará venir á atacarnos. Guardemos el suelo que nos vió nacer, y este imperio será eterno!

TODOS.—Guardemos el suelo que nos vió nacer, y este imperio será eterno!

EL REY.—Aún no veo al noble jefe que el cielo nos envió.

(Tumulto y gritos de horror; los cuatro vasallos llevan en una litera el cadáver de Federico, cubierto con un velo, y lo depositan en mitad de la escena.)

TODOS.—¿Que querrán? ¿qué misterio se oculta? ¡son los vasallos del conde!

EL REY.—¿Quién va! ¿qué es eso? ¡presiento nuevas desventuras!

LOS CUATRO VASALLOS.—Obedecemos las órdenes del héroe; él os dirá lo que hizo.